nacional de los pueblos orientales contra el helenismo dominante de las clases altas.

No obstante, el cristianismo no quedó confinado durante mucho tiempo a las clases bajas y, poco a poco, se fueron deslizando en sus enseñanzas muchas de las ideas del mundo clásico, a medida que fue abarcando mayor número de prosélitos cultos. Algunas de esas ideas fueron asimiladas con más facilidad que otras; especialmente la doctrina platónica y, más aún, su renuevo semi-cristiano de la escuela neoplatónica, que resultó tan útil para destacar la concepción del "otro mundo" de la religión. Estos dos aspectos -el aspecto apocalíptico, revolucionario y popular de la religión, con su visión del Juicio Final y del Reino de Dios en nuestros días; y la otra actitud de espiritual creencia en el "otro mundo", mucho más favorecida por las clases altas- se han mantenido a lo largo de toda la historia del cristianismo.

Concepción parcial

Actualmente sería injusto -aunque haya sido explicable en la época de Gibbon- culpar al cristianismo como tal del colapso económico o cultural de la civilización clásica. Las causas de este colapso, eran intrínsecas. La Iglesia, que desempeñó el papel dominante en la Edad Media, sí resulta responsable, en cambio, del carácter de la cultura que instaló en su lugar. La Iglesia fue la única institución coherente del mundo clásico que sobrevivió a las perturbaciones que trajo consigo la caída del Imperio en el Occidente. Además, mucho antes de que esa caída fuera completa, el cristianismo había penetrado mucho más allá de las antiguas fronteras del Imperio, abarcando en Europa desde Irlanda hasta el Cáucaso, y propagándose ampliamente en el Asia. La cultura y hasta el saber leer y escribir quedaron limitados al clero, en un grado que sólo tiene paralelo con la época del antiguo Egipto. La Iglesia, a más de sus funciones espirituales, se ocupó de la educación y de la administración y, a principios de la Edad Media, incluso del derecho y de la medicina.

Organización eclesiástica.

No fue por accidente que la Iglesia sobreviviera al Imperio, ya que tenía bases políticas y económicas mucho más sólidas. Habiendo comenzado como un movimiento virtualmente revolucionario en verdad, con un objetivo perteneciente al otro mundo, pero abiertamente antagónico a la administración civil- pronto adquirió como

medida de protección una organización cerrada, en parte de agitación y en parte económica. Esta organización, a través de sus ancianos -presbíteros- y de sus servidores -diáconos, deanes- se ocupaba personalmente al principio de cada cristiano, y podía contar con su apoyo de una manera que ningún funcionario imperial podía esperar. Más tarde, en el siglo II, cuando creció el número de sus miembros, la Iglesia tuvo necesidad de una organización más compleja, para evitar que las querellas doctrinarias y personales la dispersaran en innumerables fragmentos. Así se estableció una organización paralela a la del Estado, empleando con frecuencia los mismos términos, como iglesia, palacio real o basílica y diócesis. Fueron ordenados inspectores -obispos- y, luego, los más importantes de ellos se convirtieron en los grandes patriarcas de Jerusalén, Roma, Constantinopla, Alejandría y Antioquía. Tuvieron que pasar siglos antes de que el obispo de Roma pudiese reclamar la primacía como Santo Padre, Papa, vicario de Dios en la tierra, Máximo Pontífice o Principal Constructor de Puentes -antes sólo a través del Tíber, pero ahora también entre el cielo y la tierra.

Ya en el siglo III, la Iglesia Cristiana era la organización política más poderosa, esparcida e influyente en el Imperio, a pesar de que únicamente comprendía a una pequeña minoría de la población. Las desesperadas persecuciones no pudieron quebrantarla. Al comenzar el siglo IV, era claro que el único modo de salvar al Imperio consistía en apoderarse de la Iglesia. Este paso final lo dio Constantino, mucho antes de convertirse al cristianismo, en el año 312.

El fin del paganismo.

Una vez que la Iglesia conquistó el poder y dispuso de medios de patronazgo y castigo, rápidamente se logró la sumisión de los paganos, por lo menos en las poblaciones urbanas. En algunos casos presentaron escasa resistencia. El culto de los dioses olímpicos no era entonces muy arraigado y sólo representaba una moda. Respecto a la filosofía, casi todas las escuelas podían basarse en el propio cristianismo. Lo único que la Iglesia no podía tolerar era que alguna filosofía se declarara oficialmente independiente de la revelación cristiana. Cuando ocurría así, generalmente se la suprimía directamente. El asesinato de la matemática Hipatia no fue político, sino producto de un exceso de fervor monástico. Algo más típico del final de la ciencia clásica fue la clausura de las escuelas de Atenas por el gran emperador cristiano Justiniano, el año 529. A los últimos profesores se

les permitió ir a la nueva universidad del emperador persa Cósroes, en Jundishapur; pero el ambiente les resultó demasiado extraño y el emperador accedió a que regresaran, mediante un tratado en que se estipulaba que no serían molestados.

Lo que tuvo una gran importancia para el futuro fue la conversión al cirstianismo del filósofo conocido ahora como Juan Filoponos (hacia 530), ocurrida por ese mismo tiempo. La conversión fue de todo corazón y lo llevó a formar en Alejandría una especie de partido de acción cristiana, los "filoponos" o "amantes del trabajo", que se dedicaron principalmente "a luchar contra los profesores paganos y, de vez en cuando, a atacar los últimos templos de los dioses egipcios". Por último llegó demasiado lejos y se convirtió en un hiper-trinitario, o sea, un hereje triteísta. En su rechazo de la filosofía pagana, Filoponos tuvo incluso la temeridad de negar la teoría aristotélica del movimiento y fundó la doctrina del "impulso" que, después de obtener algún apoyo entre los árabes y los escolásticos, habría de conducir, en manos de Galileo, al surgimiento de la dinámica moderna.

Dogma y ciencia.

El triunfo del cristianismo significó efectivamente que, a partir del siglo IV en el Occidente y hasta el ascenso del islamismo en el Oriente, toda la vida intelectual, incluyendo la ciencia, se vino a expresar ineludiblemente en función de los dogmas cristianos y, con el transcurso del tiempo, acabó por quedar limitada a los eclesiásticos. Entre los siglos IV y VII, en el territorio ocupado por el desaparecido Imperio Romano, la historia del pensamiento es la historia del pensamiento cristiano.

En los primeros días del cristianismo, la ciencia y la enseñanza estuvieron asociadas con las odiadas clases elevadas paganas, viéndoseles con suspicacia. Pero esta actitud no se mantuvo. El mensaje humano de Jesús ya no pudo ser suficiente para la Iglesia, en cuanto ésta aspiró a la preeminencia cultural. Como lo muestra el Evangelio de San Juan con su culto del divino verbo -el logos místico-, las ideas platónicas ya obraban en la base y, lo que es más, ya son évidentes en una forma más diluida, en el mensaje de San Pablo.

Ortodoxia y herejía.

Los padres de la Iglesia, particularmente Orígenes (c. 185-254), condiscípulo de Plotino, el fundador del neoplatonismo, comenzó a incorporar a los dogmas cristianos las partes más inocuas de la filosofía antigua. A una buena parte de esas ideas ya se les había encontrado inconscientemente su lugar. No obstante, la tarea era difícil, debido en parte a su gran diferencia con la filosofía subyacente en el Antiguo Testamento. Esto condujo inevitablemente a controversias, en las que cada bando pretendía ser ortodoxo y acusaba al otro de herejía. Las grandes disputas y herejías que dividieron al cristianismo oriental durante los siglos IV y V -el arrianismo, el nestorianismo y el monofisismo- se referían principalmente a puntos de interpretación de las ideas neoplatónicas acerca de la naturaleza del alma y de su relación con los cuerpos corruptibles o incorruptibles.

Las querellas fueron resueltas nominalmente por los Concilios de Obispos, lo cual implicaba una base democrática dentro de la Iglesia; pero, generalmente, la decisión se tomaba en favor de la opinión que podía conquistar mejor el apoyo del emperador. La gran herejía arriana del siglo IV, en la cual se debatió la naturaleza de la divinidad, fue resuelta de ese modo en el Concilio de Nicea en 325. En esta ocasión, Atanasio impuso su implacable credo trinitario. Sin embargo, el triunfo no quedó asegurado hasta casi dos siglos después, cuando Justiniano derrotó a los godos arrianos.

En el siglo V, San Agustín (354-430) elaboró una transacción entre la fe y la filosofía formulando una especie de compuesto entre la tradición bíblica la doctrina platónica, con un vigoroso acento en la predestinación -resultante de su experiencia maniquea- que en adelante acompañaría siempre al cristianismo y, particularmente, al puritanismo. La doctrina agustiniana incluyó la idea esencialmente zaratustriana del conflicto cósmico entre el bien y el mal -Ormuz y Arimán-, con su consiguiente asociación de las ideas del diablo y del infierno. La transacción agustiniana no fue perdurable -las herejías se sucedieron unas a otras y en la Edad Media fue necesario repetir los esfuerzos para suprimirlas- y finalmente fracasó definitivamente con la Reforma.

Las filosofías en que se basaba la teología, aunque estaban sujetas á disputa, eran fácilmente asimilables por parte de una reli

gión fundada en la concepción del otro mundo. Pero no ocurría lo mismo con las ciencias de observación y experimentación en primer lugar, porque les resultaba enteramente innecesaria la salvación y, por otro lado, porque su mera dependencia de los sentidos les hacía despreciar el valor de la revelación. La superación de esta actitud fue labor de muchos siglos y sólo se logró en un ambiente económico y social muy diferente al del Imperio Romano en decadencia.

En todas estas disputas religiosas, la ciencia natural era una víctima segura. La filosofía clásica, particularmente en su última época, era bastante absurda. El Antiguo y el Nuevo Testamentos nunca fueron concebidos como interpretaciones de la naturaleza. Además, contienen interpretaciones míticas y filosóficas de todas las épocas, a partir de las más remotas concepciones babilónicas; y, por lo tanto, son intrínsecamente autocontradictorios. El intento de combinar la filosofía y la Biblia es una tarea que desafía a toda razón y que resulta fatal para el logro de una comprensión clara de la naturaleza. La fe y la razón no pueden ser reconciliadas sin alegorizar la una o sin desfigurar la otra; y, en todo caso, sin oponerse al pensamiento honrado.

En la actualidad, se acostumbra encomiar a la Iglesia por haber preservado a la ciencia desde la antigüedad hasta nuestros días. Lo cierto es, como lo haremos ver, que la supervivencia de la ciencia se debió más bien a su idoneidad para enfrentarse al mundo real, cuando falló la fe. La ciencia ha sobrevivido a pesar -y no a causa- de los muchos siglos de esfuerzos por conformarla con creencias anticuadas y contradictorias. Como lo mostraremos más adelante, la aceptación de soluciones obvias sólo se ha conseguido después de muchos años, debido a que no podían estar de acuerdo con el Génesis. Decir esto no significa, en modo alguno, culpar a la Iglesia o a los clérigos -quienes en su época obraron de la mejor manera, de acuerdo con sus luces-, sino únicamente a aquéllos que en la actualidad deben conocerla realmente bien. El hecho de que la ciencia haya avanzado tan lentamente en la cristiandad, hasta la época del Renacimiento, no fue debido a la Iglesia sino, primordialmente, a las condiciones económicas que la mantuvieron tantísimo tiempo en su papel oscurantista. Dentro de las condiciones feudales era imposible que el avance fuera más rápido...

La ciencia medieval.

Los intentos que actualmente están de moda para enaltecer la ciencia de la Edad Media, en detrimento de la ciencia del Renacimiento, son enteramente necios. Además de la inexactitud de hecho que entrañan, estas tentativas falsean completamente los trabajos de los clérigos y sabios medievales, atribuyéndoles cosas que no hicieron y oscureciendo su verdadera contribución. Ni siquiera Roger Bacon (aproximadamente 1214-1294) en sus coléricas y perversas acusaciones contra sus contemporáneos -por ejemplo, tildaba de "muchachos ignorantes" a San Alberto y a Santo Tomás-, no se atrevió jamás a poner en duda que el fin principal de la ciencia fuera servir de apoyo a la revelación. En lo único que se distingue de los otros es en el afán de buscar su confirmación en la experiencia, en vez de en la razón. Los hombres medievales eran enteramente competentes para razonar, lo mismo que para planear experimentos y ejecutarlos. Y había un buen número de personas con suficiente cultura, que habían aprendido las habilidades de los griegos y árabes o habían trabajado por su cuenta sobre temas difíciles. Lo que impidió el desenvolvimiento científico fue que no utilizaron seriamente los métodos de investigar la naturaleza y, menos aún, de dominarla. Carecían de incentivos para hacerlo y existía una multitud de razones para disuadirlos. Su carácter clerical les imponía otras preocupaciones: Gerbert (aproximadamente 930-1003), el primero de los científicos occidentales, acabó por ser papa; Robert Grosseteste (aproximadamente 1168-1253), el más capaz de todos, fue obispo y canciller de la Universidad de Oxford; San Alberto el Grande fue provincial de la orden dominicana en todo el territorio de Alemania, y lo mismo ocurrió con Dietrich de Friburgo (hacia 1300), el mejor experimentador. Hasta Nicolás de Cusa (1401-1464), el más osado de los pensadores medievales, tuvo que participar en la propaganda papal y terminó por ser obispo de Brixen. Así, los trabajos científicos de todos ellos fueron fruto de sus ratos de ocio.

Las excepciones -Roger Bacon y el misterioso Pedro el Peregrino- no hacen sino confirmar la regla. Roger Bacon gastó una gran fortuna en investigaciones científicas y, a despecho del favor papal, fue puesto en prisión por sus afanes. Pedro publicó una carta de unas cuantas páginas en la cual, según su admirador Roger Bacon, "no se preocupaba de discursos o batallas verbales, sino que perseguía el saber y encontraba en él la paz".